



El Principito

Antoine Saint Exupery

9

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

XXIV. Realismo y esperanza

Resumen. Se encontraban en el octavo día de la avería cuando el Principito narra sus recuerdos. Al piloto, consciente de que van a morir de sed, le parece absurdo ocuparse de eso precisamente ahora. El Principito, por su parte, piensa que es bueno haber tenido un amigo, aunque se vaya a morir.

El aviador piensa que el Principito no comprende la situación, pero éste dice:

—Yo también tengo sed... busquemos un pozo... Es absurdo buscar un pozo en el desierto, no obstante se pusieron en marcha. Al caer la noche vieron brillar las estrellas.

El Principito no responde a las preguntas del aviador. Está cansado, reconcentrado en sí mismo, va diciendo una serie de frases que el aviador no llega a comprender, y que son como una revelación:

—El agua puede ser buena también para el corazón...

—Las estrellas son bellas, a causa de una flor que no se ve...

—El desierto es bello. Lo que lo embellece es que esconde un pozo en alguna parte...

El aviador comprende esto último. Él ama el desierto. Ahora comprende por qué es bello. Y comprende también qué hacía bella aquella casa de su infancia: escondía un tesoro. Y entiende en ese momento todo lo que ha ido diciéndole el



Principito:

—Se trate de una casa, de las estrellas o del desierto, lo que constituye su belleza es invisible. El Principito, agotado, se durmió. El aviador lo tomó en sus brazos y se puso en marcha contemplando ese tesoro y meditando lo que había aprendido.

Y, andando así, descubrió el pozo al nacer el día.

Comentario. Los últimos capítulos han mostrado progresos notables que han facilitado caer en la cuenta de aspectos importantes de la situación cultural en que vivimos. No obstante, el aviador reclama una mirada alrededor, una vuelta a la realidad más inmediata. Todo eso está muy bien, parece decir, pero llevamos ya mucho tiempo con una avería que no logramos reparar, la situación es cada vez peor: vamos a morir de sed.

El Principito parece no ver el problema. Una vez más, aparecen contrapuestos dos modos de enfocar la realidad. El hombre pragmático frente al soñador, y estaríamos tentados de llamarlos el realista frente al ingenuo. Así lo ve el aviador. El pragmático considera iluso al que no ve las cosas como él las ve.

No obstante, el Principito también tiene sed, lo que significa que también ve el problema. Es más, también ve la solución: busquemos un pozo.

Buscar un pozo en el desierto es la solución. Es evidente. Pero el piloto lo considera absurdo. El

problema lo ha bloqueado. No tiene capacidad de avanzar, de ver la solución mientras que el Principito actúa con soltura. También él tiene sed (ve la realidad) pero, a diferencia del aviador, plantea una solución.

Quien conoce el mundo de lo valioso, ante un problema busca la solución. Quien vive sólo en el plano de lo utilitario, se paraliza, le parece absurdo buscar un pozo en el desierto. Pero buscar un pozo, aunque sea en el desierto, es una solución. Ponerse en marcha para buscar un pozo ofrece más posibilidades de resolver el problema que si no se hace nada.

Hemos dicho que aparece aquí la contraposición entre dos modos de ser y los hemos denominado el pragmático y el soñador, o el realista frente al ingenuo, pero también podríamos hablar del hombre derrotado frente al esperanzado.

La esperanza es confianza, no es seguridad. La esperanza supone la carencia de algo. Quien tiene no espera. El que ha triunfado ya, no necesita esperar pues la espera hace referencia al futuro. La esperanza no es optimismo. El optimismo de la Ilustración no conoce la esperanza.

La esperanza es virtud de perdedores, de fracasados: el Principito hace un llamada a la esperanza ahora, cuando están a punto de morir de sed, cuando parece que han fracasado.

La esperanza es atributo de perdedores. Pero ¿quién no se ha sentido perdido alguna vez en su vida? ¿quién no ha naufragado alguna vez? Parece ser una constante en la condición humana. Dante lo recoge de un modo poético:

*En mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida .*

Es la constatación de haber errado el camino, de hallarse con la senda derecha ya perdida, el darse cuenta de que nuestra vida no discurre por los cauces que debiera. A todos pasa tarde o temprano. Esta es la idea que expresa la avería del motor . Y ante esta constatación cabe una cierta actitud, representada aquí por el aviador, consistente en

*«La esperanza es
virtud de
perdedores, de fra-
casados»*

conformarse con la derrota, no aspirar a más. Eso es la desesperanza, y eso bloquea, impide intentar solucionar los problemas: se tiene la sensación de haberse traicionado a sí mismo y de que eso ya no tiene remedio. Además así vive todo el

mundo... Esa actitud es funesta, mortal. Es idéntica al pórtico pintado por Dante al inicio del infierno: «Abandonad aquí toda esperanza» . Y este aviso puede interpretarse también en el sentido de que, abandonada la esperanza, se entra en el infierno, la vida se convierte en un infierno.

Y esa pretende ser la actitud realista. Frente a esto, siempre ha habido quien no se ha conformado. Séneca señala que hay que conseguir ver «la sublimidad de la vida feliz sin desesperar de ella; saber que está en la cúspide, pero accesible al que la busca» . Y la filosofía medieval pensó la esperanza como una *extensio animi ad magna*, como una extensión del alma hacia cosas grandes .

La esperanza no es inconsciencia. Por el contrario, tiene su punto de partida en la conciencia de haberse equivocado de un modo grave en algún momento de la vida, pero afirma siempre el señó sobre la propia existencia: sea cual sea la situación en que me encuentre, siempre puedo volver a tomar las riendas de mi vida. Esto es la esperanza. La mirada auténtica, la que ve lo negativo, lo que se ha perdido, el problema, la avería, la sed; pero también lo positivo, que no todo está perdido, que todo problema tiene solución, que no hay avería que no pueda ser reparada ni sed que no se apague con agua. Y por eso «sólo la esperanza merece ser calificada de realista, pues sólo ella toma en serio las posibilidades que atraviesan lo real» .

Y la esperanza es motor de la acción. Cuando se ve que es posible resolver el problema, entonces y sólo entonces se pone uno en marcha. En nuestra narración esa esperanza que vence al pragmatismo paralizante viene representado por el Principito que empuja al aviador.

Cuando, a trancas y barrancas, hacen el esfuerzo de ponerse en marcha, el Principito va haciendo una serie de reflexiones encaminadas a iluminar al piloto. Al caer la noche, las estrellas se iluminan.

Lo esencial es invisible a los ojos

Es la primera vez en esta obra que brilla la luz en la oscuridad. Es un símbolo.

El aviador sabe que el agua es lo que necesitan, y ha iniciado su busca. El Principito le dice que eso es verdad, pero hay algo más: el agua puede ser buena también para el corazón. No dice: el agua es buena para el corazón, sino que puede ser buena. Será buena si el que bebe sabe ver más allá de lo inmediato, si no se queda en lo superficial y obvio. Y con eso el Principito no niega la visión clara de la realidad, pero aspira a más: el agua puede ser buena también para el corazón. Para que el aviador sea capaz de superar su visión estrecha, el Principito va ofreciendo a su consideración otras realidades que presentan también esta dualidad superficial-profundo, hasta que el mismo

aviador es capaz de darse cuenta de lo que el Principito estaba intentando mostrarle desde el principio:

- Se trate de una casa, de las estrellas o del desierto, lo que constituye su belleza es invisible.

A partir de ahora el aviador va descubriendo cosas bonitas (las

dunas, las estrellas). En este momento se da cuenta de que existe otra dimensión que el hombre utilitario no ve: lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve con el corazón. Por eso, para ver bien, el corazón debe estar limpio o, en otras palabras: «¡Sé tu mismo, y el mundo será rico y bello! Si no eres tú mismo, si eres mentiroso o cobarde, el mundo será pobre y te parecerá necesitado de mejora» .

La mirada amorosa dirigida al mundo, a los demás, a la propia vida es visión de lo real, se da cuenta de que hay aspectos negativos en el mundo, en los demás, en sí mismo. Pero no es visión chata, es realista porque ve toda la realidad: también las posibilidades de mejora (que son tan reales como lo ya realizado), y esto último

insufla esperanza, ilusión, anima a superar lo mal hecho hasta ahora.

Hace que el aviador se ponga en marcha, descubra la belleza del camino, de las estrellas en la noche, del desierto y, finalmente, encuentre el pozo al nacer el día.

*«Se
trate de una
casa, de las
estrellas o del
desierto, lo que
constituye su
belleza es
invisible»*

XXV. Disposición para el encuentro

Resumen. Los hombres se encierran en los rápidos y se agitan apresuradamente pero realmente no saben lo que buscan. Eso, dice el Principito, no vale la pena.

El pozo que encontraron parecía un pozo de aldea, pero allí no había ninguna. El aviador creía soñar. Todo estaba preparado. Daba la impresión de haber dormido y haber sido despertado.

El aviador sacó agua. El Principito le pidió de ese agua y el piloto comprendió qué es lo que el Principito había buscado. Levantó el cubo hasta los labios. El Principito bebió con los ojos cerrados. Todo era dulce como una fiesta. Ese agua era algo muy distinto de un alimento. Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de sus brazos. Era buena para el corazón, como un regalo.

Los hombres de tu mundo cultivan miles de rosas en un jardín, pero no encuentran lo que buscan. Y, sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua.

El Principito le recuerda que le había prometido un bozal para el cordero y le pide que se lo dibuje. Empiezan entonces a ver los otros dibujos: los baobabs, el zorro, ... El tono es dulce, alegre, como de despedida. Por eso el aviador se da cuenta de que el Principito tiene proyectos que él ignora...

Mañana será el aniversario de la caída del



Principito en la Tierra, cerca de allí. El Principito se dirigía hacia ese punto cuando encontró al aviador. Al comprender eso, el piloto tuvo miedo, pero el Principito le dijo:

—Ahora tu debes trabajar. Debes volver a tu máquina. Te espero aquí. Vuelve mañana tarde...

Comentario. El grueso del capítulo se refiere a lo que ocurre en torno al pozo que han descubierto. No obstante, al comienzo del capítulo el Principito hace una reflexión relativa a las personas mayores, reflexión que continúa un poco más adelante.

El capítulo hace referencia a ideas que son contrarias a las atribuidas a las personas mayores. Adocenados, no saben lo que buscan, van con prisa de aquí para allá, tratan de suplir la falta de calidad (de su vida, de sus relaciones) con cantidad (trabajan mucho, van deprisa, cultivan miles de rosas). Pero, como no saben lo que buscan, no lo encuentran. Por eso, ese ajetreo no vale la pena.

Nada nuevo se añade aquí. Ya habíamos visto estas ideas capítulos atrás. Pero no caigamos nosotros en el error que estamos criticando: no se trata de más ideas (cantidad), sino de profundizar en lo que se ha adquirido, saboreándolo para sacarle todo su jugo, toda la riqueza que contiene.

El pozo que descubren en el desierto es un pozo de aldea, no un simple agujero sino algo más elabora-

do, con su cubo, polea, cuerda,...; en definitiva, algo que refleja la acción del hombre.

Ya hablamos del simbolismo del desierto. En el desierto el hombre está solo. Y «la soledad es el camino por el que el destino ha de conducir al hombre hacia sí mismo. La soledad es el camino que más teme el hombre», por eso el desierto tiene una dimensión inquietante. Pero se trata de la soledad del hombre cuando habla consigo mismo, cuando se enfrenta a su vida. Atreverse a esa soledad es siempre fructífero.

En esa soledad encontramos al aviador al comienzo del libro, cuando apareció el Principito. El aviador simboliza a la persona que, en mitad del camino de la vida, en la cumbre del éxito profesional, se da cuenta de que se está olvidando de lo más importante: del sentido de su vida. Cae en el desierto. Se atreve a la soledad. Habla consigo mismo. El Principito y el aviador

no son dos personas distintas, simbolizan dos aspectos de cualquier persona normal, y este relato nos muestra ambas partes. El aviador ha atravesado el desierto, ahora sabe lo que buscaba el Principito: «lo esencial no radica en las cosas, sino en el sentido de las cosas, el desierto te habrá hecho germinar y crecer como un sol».

El aviador, al final del capítulo anterior fue capaz de darse cuenta de dónde estaba el problema y de ver la solución y, un paso más, de ponerse en marcha para solucionarlo. Antes no había sido capaz: miraba las cosas desde el plano utilitario y se agobiaba.

Andando así, al nacer el día, encontró un pozo de aldea. En pleno desierto, en la soledad de su interior encuentra la dimensión comunitaria. Él ha hecho el pozo. Eso significa que nunca estamos solos. Buber lo ha expresado bien cuando dice que nunca se da sólo el Yo. Siempre aparece una de estas dos parejas: Yo-Tú o Yo-Ello, que son dos modos de estar en el mundo, dos maneras de vivir. La relación con el mundo como Ello, como cosa (incluyendo a las personas), funda la experiencia y

es una relación necesaria: «sin el Ello no puede vivir el ser humano. Pero quien solamente vive con el Ello no es ser humano». La pareja Yo-Tú funda el encuentro, la apertura, la disposición de acogida del otro. Profundizando en la propia intimidad, enfrentándose con el propio yo es como se descubre cuál es nuestro modo básico de ser: Yo-tú o Yo-ello. El aviador ha descubierto un pozo de aldea, un pozo que es punto de encuentro, que está abierto a otros hombres. Ha descubierto que el camino hacia la propia plenitud pasa por los otros, por el Yo-Tú.

Y cuando en el propio interior se descubre ese Yo-Tú, ese yo abierto para el encuentro con los otros, entonces es como si en medio de la soledad y sequedad del desierto hubiésemos construido un pozo, pero el pozo ya estaba preparado. Por una parte lo fundamos nosotros, pero esta dis-

«Andando así, al nacer el día, encontró un pozo de aldea. En pleno desierto, en la soledad de su interior encuentra la dimensión comunitaria»

posición de encuentro que nosotros asumimos, de hecho responde a nuestra realidad más radical.

Aristóteles lo expresó diciendo que el hombre es «viviente político por naturaleza»; la filosofía moderna, de modo especial la personalista (junto a Buber habría que citar nombres como Marcel, Ronsenzweig o Lévinas) se ha referido, como he hecho yo, al concepto de encuentro.

Lláme-se como se quiera, se trata de algo arraigado en lo más profundo de nuestro ser que duerme esperando nuestra decisión de llevar nuestro propio ser a su plenitud.

Por eso, por que es algo que nos resulta natural, todo ser humano se encuentra con otros semejantes. Quien ha recorrido el itinerario descrito en esta obra, encontrará a otros que también lo han hecho. Y serán amigos. Quien no haya superado el plano de lo superficial, aquel cuyo modo de ser es Yo-Ello también encontrará a muchos (más que el anterior) que están en su misma situación. Y, como el aviador, al principio vivirá rodeado de muchos conocidos con los que hablar sobre el tiempo, el fútbol, política,... Pero vivirá solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente.

Lo esencial es invisible a los ojos

Cuando descubrió el pozo, el aviador creía soñar. Según una tradición, Aristóteles habría definido la esperanza como «el sueño de un despierto». Quien ha esperado, cuando alcanza lo que esperaba, cree soñar. El júbilo interior le embarga: todo es dulce como una fiesta: el agua, las estrellas, la arena del desierto tiene color de miel... Es la idea a que nos hemos referido varias veces del espíritu festivo que sabe descubrir la belleza y la bondad, lo esencial (invisible a los ojos) de todo cuanto le rodea.

Ahora el aviador se mueve gozoso, con soltura, en el plano de lo esencial. El Principito le

pide que le dibuje un bozal y de paso ven los dibujos que ha realizado. Ha mejorado mucho desde la boa abierta y cerrada. Sin embargo, ahora el aviador no se siente superior a nadie.

Ahora que se ha encontrado lo esencial, es el momento de volver al trabajo. El avión era el símbolo de su trabajo, era lo que le daba una posición en la vida, pero no le bastaba. No se trata del trabajo, sino del sentido del trabajo. Cuando se tiene el sentido de la vida, entonces todo se ilumina y el trabajo es fuente de alegría. Cuando se carece del sentido de la vida, se intenta buscar

la alegría en cosas que no pueden darla y se acaba vacío.

*«Cuando se tiene
el sentido de la
vida, entonces todo
se ilumina y el trabajo
es fuente de
alegría»*

XXVI. La segunda inocencia

Resumen. Al volver del trabajo, el aviador vio al Principito sentado sobre un muro hablando con una serpiente amarilla. Al oír ruido, la serpiente se escabulló.

El Principito dijo al piloto:

—Me alegra que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Vas a poder volver a tu casa. Y añadió:

—Yo también vuelvo hoy a mi casa...

La melancólica ternura que envuelve estos momentos expresa claramente que está ocurriendo algo extraordinario.

El Principito tiene miedo:

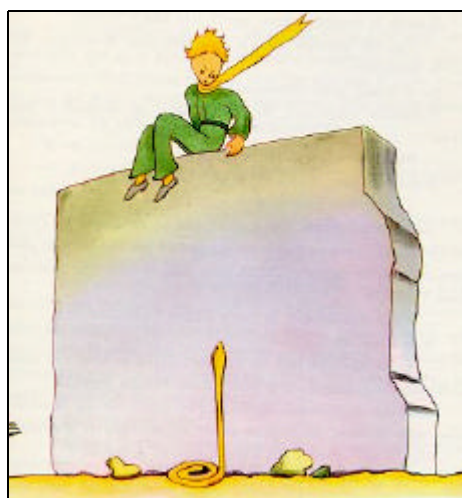
—Esta noche hará un año. Mi estrella estará justo encima del lugar donde caí el año pasado...

El Principito le hace un regalo de despedida:

—La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para unos, que viajan, las estrellas son guías. Para otros no son más que lucecitas. Para otros, que son sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie tiene...

—Cuando mires al cielo, por la noche, puesto que yo viviré en una de ellas, puesto que yo reiré en una de ellas, entonces será para ti como si rieran todas las estrellas. Tú tendrás estrellas que saben reír.

Esa noche el Principito fue en busca de la serpiente. El aviador le siguió. Sólo hubo un relampagueo



amarillo junto a su tobillo. Se quedó inmóvil un instante. No gritó. Cayó dulcemente como cae un árbol. Ni siquiera hizo ruido a causa de la arena.

Comentario. Cuando el Principito habla con la serpiente le dice que no es exactamente ahí. Da la impresión de que tuviese una cita con la serpiente

y se la hubiese encontrado antes del momento previsto. No es la primera vez que el Principito habla con ella. La vimos en el capítulo 17 planteando enigmas, insinuando ya allí que podría matarlo ya que era mas poderosa que el dedo de un rey. Pero ahora el Principito tiene miedo. Es su aniversario, se ha terminado su tiempo. Tenía algo que hacer y un tiempo para hacerlo.

El Principito no es de este mundo, se ha acabado su tiempo y tiene que volver a su casa. Sabe que el aviador ha encontrado lo que faltaba a su máquina y ya puede volver también a su casa. La sabiduría de la serpiente es la que hace posible que ambos vuelvan al lugar que les corresponde.

El aviador, desde el principio ha sido el símbolo de la persona que pertenece al mundo pragmático, que ha vendido su vida al trabajo de manera que lo que él consideraba un triunfo (su éxito en el trabajo) se había convertido realmente en un fracaso (pierde su vida); entonces cae al desierto donde aparece el Principito que le ayuda a recuperar el sentido de la vida.

No se había estropeado nada en su avión. No era un problema técnico. Faltaba algo. La cuestión no era el trabajo sino el modo de trabajar; no las relaciones con los demás, sino el modo de relacionarse; no las cosas, sino el sentido de las cosas. El aviador ha aprendido que hay que buscar lo esencial, lo valioso y, con esa perspectiva, enfrentarse a la vida en sus múltiples facetas. Ahora puede volver a su mundo, a su vida. Ahora no necesita ya al Principito. Y el Principito no pertenece al mismo mundo que el aviador, al mundo de los adultos.

En este momento de la obra aparece claro que está ocurriendo algo extraordinario. El aviador y el Principito representan dos aspectos, dos dimensiones presentes en todos los hombres. Han constituido a lo largo del relato un desdoblamiento de la personalidad del aviador. El Principito ha representado la infancia del hombre, con sus ilusiones, su capacidad de juego, de ver lo escondido y descubrir lo maravilloso en todo lo que se hace.

Este es el momento en el que el aviador ha reconquistado ese mundo que había olvidado. Pero tiene que volver a su casa, a su mundo. Para vivir en el mundo de los adultos, hay que despedirse de la infancia. Quien intente seguir viviendo como un niño, no lo conseguirá, será un loco, un iluso. En suma, un inmaduro. Y se trata del camino hacia la madurez.

La madurez no puede apoyarse en la infancia permanente, en el infantilismo de un adulto que no ha sabido crecer. No. La madurez ha perdido la infancia. Y eso es definitivo. Y la serpiente, que representa la sabiduría, es la que elimina esta infancia. Hay un momento en que la infancia no puede seguir con nosotros. Hay que ser conscientes de que esa etapa mágica de la vida, la infancia, el Principito, no es de este mundo y ha de desaparecer.

Pero hay varios modos de afrontar esta pérdida. Un modo de superar la infancia es matarla. Convertirnos en hombres grises, personas realistas-utilitarias. Este tipo de hombre abunda entre nosotros. Contra ellos advierte repetidas veces Saint-Exupéry. Son los que han matado en sí mismos la vida del espíritu. Así se presentaba el aviador al inicio de la obra.

Hay otra manera de superar la infancia. Y aquí superar hay que entenderlo en el sentido en que emplea Hegel el término superar: suprimir conservando en un plano superior. Este modo es el que propone esta obra. Se trata del hombre maduro que recupera lo valioso de la vida de infancia. Porque el niño es símbolo de inocencia, de ilusión,... Pero es una inocencia fruto de la ignorancia. Y el adulto no puede ser un ignorante: debe saber lo que está bien y lo que está mal (la serpiente, la sabiduría es atributo de la madurez). Y la ilusión del niño es impotente: todo ha de pedirlo a su padre. Además, el adulto que rescata su infancia, tiene ilusión y por eso tiene ideales. Pero sabe que se requiere esfuerzo para modelar el mundo según esos ideales y para eso debe conocerse bien, saber con qué fuerzas cuenta. Ser realista.

La sabiduría de la serpiente mata al Principito sin hacerle daño. La separación de la infancia no es traumática en este caso. Es la sabiduría que hace que sepamos conservar la ilusión como cuando éramos niños, pero no la de los niños. Una persona madura tiene esperanza (el sueño del despierto, al decir de Aristóteles), capacidad festiva, de encuentro, y se sabe acogido por quienes son como él. No pierde la ilusión, sabe que cuesta hacer realidad esas metas. Y el hombre que supera así su infancia, conservándola, recibe como regalo unas estrellas que lucirán en los momentos oscuros de la vida, y le sonreirán.

«La sabiduría de la serpiente mata al Principito sin hacerle daño»

XXVII. Para conservar la ilusión

Resumen. Hace seis años ya de aquella historia del Principito. El aviador no la había contado hasta ahora.

Está preocupado porque olvidó añadir al bozal una correa de cuero. Es posible que eso haya provocado que el cordero se coma la flor. Seguramente el Principito tendrá cuidado y cubrirá la flor con el globo de cristal, pero basta un descuido. Y nada en el universo es igual si en alguna parte, no sabemos dónde, un cordero que no conocemos, se ha comido o no, una rosa...

Y ninguna persona mayor comprenderá jamás que eso tenga tanta importancia.

Comentario. Los camaradas, que lo creían perdido para siempre, se alegraron de encontrarlo con vida. La desaparición del Principito lo había dejado un poco triste, pero no contó la historia a quienes lo encontraron. Eran sus camaradas, no sus amigos. No con todos los que nos relacionamos tenemos el mismo grado de confianza. En la relación con los demás



Este es, para mí, el más bello y el más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje de la página precedente, pero lo he dibujado una vez más para enseñároslo bien. Fue aquí donde apareció el Principito sobre la Tierra, después desapareció. Mirad atentamente este paisaje a fin de estar seguros de reconocerlo, si viajáis un día por África, en el desierto. Y, si pasáis por allí, os lo suplico, no os apresuréis, ¡esperad un poco justo bajo la estrella! Si entonces un niño viene a vosotros, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le interroga, adivinaréis quien es. Entonces, ¡sed amables! No me dejéis tan triste: escribidme rápido para decirme que ha regresado...

siempre expresamos lo que somos, siempre acaba apareciendo nuestra intimidad. Pero hay distintos niveles de intimidad. Por eso, es lógico que en el trato se refleje esta diferencia. Con una persona a la que acabamos de conocer o con la que tenemos un encuentro ocasional es lógico que mantengamos una conversación superficial, sobre generalidades, pero la intimidad sólo la compartimos con las personas a las que queremos, que nos van a comprender, a acoger...

El aviador ha aprendido esto. La historia del Principito es la historia de la conquista del sí mismo, del aprendizaje del sentido de la vida. Por eso no se lo cuenta a los simples camaradas. Cuando se ha conseguido centrar la propia vida, se produce una disposición para el encuentro, simbolizada en el pozo de aldea, pero eso no basta. «No basta dar. Es preciso construir a quien recibe». Si la conquista de la propia interioridad es una tarea que requiere paciencia y tesón, otro tanto hay que decir res-

pecto a la relación con los demás: hay que forjar a los amigos, a las personas a las que vamos a invitar a entrar en nuestra intimidad. De ahí que el aviador haya pasado mucho tiempo sin hablar del Principito: hace seis años ya, pero no había contado esta historia a nadie. Cuando estemos ante quienes también hayan hecho un recorrido como el nuestro, entonces se producirá el encuentro. Y a esas personas es a quienes desvelaremos nuestros anhelos, nuestras preocupaciones y alegrías más profundas. Pero hay que ser paciente, hay que saber esperar.

En cierto sentido, al habernos contado la historia, nos ha ido preparando, formando. El aviador nos ha ido narrando su historia, que es también la nuestra, porque es la historia que todo hombre puede protagonizar. Es la historia de luchas y fracasos, de ilusiones y desengaños. Y de confianza en las posibilidades siempre renovadas de mejora. Es la historia de cualquier hombre que no desespere de seguir progresando. Nos ha ido guiando, nos ha capacitado para entender y por eso recuerda la historia con nosotros.

Recordar algo, esta historia, aquel éxito, aquel error,... es siempre volver a considerar. La palabra recordar proviene del latín: re-cordare, volver a pasar por el corazón (cor, cordis). En francés se mantiene esta idea de un modo más claro: saber de memoria es "saber por corazón" (savoir par coeur). De modo que se cuenta algo para recordarlo, para volver a saborearlo, a pasarlo por el corazón, a alegrarse con las mismas alegrías. Y eso nos mantiene espiritualmente jóvenes, porque sólo si en mi interior brilla la ilusión podré alegrarme con esas alegrías de antaño y sólo así mi vida seguirá nutriéndose de ellas. Sólo así comprenderemos que la historia de la correa del bozal tiene tanta importancia: si me he convertido en una persona mayor lo consideraré una tontería. Por eso, de vez en cuando hay que mirar al cielo y preguntarse si el cordero se

habrá comido la flor o no. Y nada en el mundo es igual si lo ha hecho o no.

El aviador se mueve con gran soltura en el mundo del Principito. Y los que amamos al Principito, los que nos movemos en ese mundo nos encontramos ante un grave dilema: El cordero, ¿habrá comido a la flor, o no?

Esta disyuntiva plantea, por un lado, la posibilidad de que el Principito lleve cuidado, se acuerde de proteger a su flor. Si recuerda eso, las estrellas sonreirán, como siempre. Pero también es posible que se descuide y entonces el cordero se coma a la flor. Estas posibilidades se refieren a una constante en la vida del espíritu. Puede ocurrir que olvidemos dar el juego adecuado a lo representado por el Principito, es decir, que no articulemos correctamente la vida del espíritu. Entonces el cordero se come a la rosa. La rosa, la persona amada, es destruida por nuestro descuido. Ya desarrollamos la idea de que vivimos en el mundo que somos capaces de pensar. Si olvidamos, si no pensamos, en la dinámica propia del espíritu, nos incapacitamos para lo específicamente espiritual. No seremos entonces capaces de amar y

ser amados. El ámbito espiritual es creador de valores, el descuido de lo espiritual, destruye lo valioso. Así, destruye lo valioso de la persona amada, lo destruye porque yo ya no soy capaz de verlo. Y entonces ya no la amo.

Pero hay otra posibilidad. También puede ocurrir que el Principito recuerde lo que tiene que hacer y lo haga. Esto último significa que es posible que sepamos seguir la dinámica propia de la vida del espíritu, conocer las reglas, los ritos, y entonces viviremos con la visión festiva que emana de lo espiritual y lo impregna todo.

Esto último es difícil. Pero es lo específicamente vital, lo propiamente humano. Lo que define a la vida como tal es la tendencialidad, que significa tensión. Y hay que estar en tensión para no descuidarse y la tendencialidad humana es la ilusión de tipo espiritual.

«En este último capítulo quiere Saint-Exupéry hacer un llamamiento al esfuerzo, quiere recordar que hay que cuidar lo que hay de valioso en nosotros»

Lo esencial es invisible a los ojos

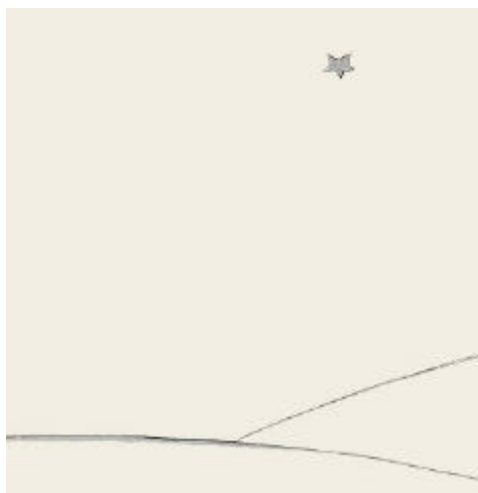
Hay que tener en cuenta que el haber visto una vez cómo se debe plantear la propia vida no garantiza que se posea siempre esa visión clara y ese tono interior. Se puede decaer. La posibilidad de perder esto da miedo. En este último capítulo quiere Saint-Exupéry hacer un llamamiento al esfuerzo, quiere recordar que hay que cuidar lo que hay de valioso en nosotros.

Este cuidado puede enfocarse de dos modos. Puede ponerse el acento en lo negativo del ambiente cultural en el que vivimos, en la masificación, la mediocridad, la ausencia de lealtad, la escasez de valores humanos, y una larga lista de males que nos rodean y que suponen una amenaza. Quien plantea así las cosas vive en zozobra continua, todo le supone un peligro: las diversiones, las amistades, la televisión, la literatura. Es la idea del mundo, o lo mundano, como enemigo del hombre. Quien vive así, en el fondo no disfruta ni de lo mundano ni de lo espiritual. Desarrolla el hábito de ver lo negativo de todo. Y esa es una visión de la realidad porque todo tiene su dimensión negativa, a todo le falta algo para la perfección: y eso es

negativo. Y no es capaz de alegrarse con las alegrías del frívolo, porque él no es frívolo; pero tampoco es capaz de alegrarse con la alegría del hombre de espíritu porque tiene miedo, tiene el ánimo encogido, no es magnánimo.

Afortunadamente también se puede enfocar la cuestión de otro modo, se puede considerar que es de los seres humanos de espíritu de quienes brota «la confianza para todo el pueblo; para todos, también para los más sordos». El temple interior de quien cuida habitualmente su propia intimidad no está en peligro, amenazado. Es el hombre realista, que ve lo negativo de las cosas, de los acontecimientos, de las personas y de sí mismo. Ve que no han llegado a su perfección. Pero ve también la llamada a perfeccionar todo eso. Y ve que él puede desempeñar ahí un papel importante. Y eso es fuente de ilusión, de alegría. Y el hombre de espíritu vive así porque piensa así, vive en ese mundo porque es el mundo que pasa por su corazón. Sabe que

«todos los sueños pueden ser realidad, si el sueño no se acaba»



Índice

	Presentación	2
	La dedicatoria	3
I.	Descubrimiento de niveles de realidad	5
II.	Llamada a conquistar el ámbito de lo valioso	7
III.	La libertad, fundamento de la vida del espíritu	10
IV.	El reductismo	15
V.	Actos, hábitos y modos de ser	18
VI.	La melancolía	21
VII.	Lo urgente y lo importante	23
VIII.	El nacimiento del amor	25
IX.	El amor como camino hacia sí mismo	28
X.	Relación de dominio	31
XI.	La vanidad	34
XII.	El bebedor	38
XIII.	Los medios y los fines	41
XIV.	Persona e Institución	43
XV.	Sabiduría, vida y sabiduría de la vida	46
XVI.	La multitud	49
XVII.	La pérdida de la inocencia	50
XVIII.	El respeto	52
XIX.	La vaciedad interior	54
XX.	Acostumbramiento y devaluación	56
XXI.	La amistad	58
XXII.	La prisa y el ocio	61
XXIII.	El trabajo y la profesión	64
XXIV.	Realismo y esperanza	67
XXV.	Disposición para el encuentro	70
XXVI.	La segunda inocencia	73
XXVII.	Para conservar la ilusión	75